

tejera:
ilusión
para el
socialismo

eduardo castañeda





Si la Espasa Calpe resuelve fácilmente el problema diciendo que el socialismo es un «sistema de organización que supone derivados de la colectividad los derechos individuales y atribuye al Estado absoluta potestad de ordenar las condiciones de la vida civil, económica y política, extremando la preponderancia del interés colectivo sobre el particular» y el biógrafo más completo de Diego Vicente Tejera es capaz de afirmar que «el socialismo no es más que uno desde León XIII hasta Lenin»,¹ parece realmente sencillo aventurarse en la denominación circunstancial del propugnador de un socialismo «cubano» y en consecuencia «tropical», elaborado en el contexto de una lucha ardua, en la que se confunden contradicciones de matiz anti-colonial —que encauzan las tendencias o aspiraciones de toda la amalgama de criollos sometidos— pero que luego van dando cauce a otras contradicciones menos evidentes antes, aunque mucho más profundas en lo adelante, y que parten de una situación diferenciada entre los que en principio estuvieron vinculados por la consecución de un objetivo primario de independencia. Sin embargo, si se quiere llegar a una ubicación lo más cercana posible a lo objetivo, y que por otra parte, proponiéndose un criterio de revalorización, coloque en el lugar que les corresponde a figuras precursoras del presente, las cosas parecen complicarse. Buscando esa percepción, encontrar la personalidad de Diego Vicente Tejera y disecio-

narla biográfica y críticamente, en la actividad y en el pensamiento (téngase en cuenta que no son elementos siempre coincidentes), resulta un trabajo arduo y, por más, lleno de posibilidades de debate.

El joven e inquieto Tejera

La denominación de *aventurero*, aceptada en cuanto define al que ha canalizado sus motivaciones de participación social —implícitos los riesgos de tipo personal— sin ser sostenida a un tiempo por un betamento plenamente consciente, podría muy bien ser aplicada al joven Tejera.

En efecto, de una infancia a su propio decir tranquila y tan aficionada al estudio «...que con frecuencia tenía mi madre que quitarme los libros y obligarme a jugar con mis compañeros»² y luego una vertiginosa estancia en el Seminario de San Basilio (abandonado según propia confesión y por haber perdido su afición inicial al sacerdocio) y en la escuela preparatoria de la que salta al Instituto de Segunda Enseñanza; deviene más tarde su afán de aventura, cristalizada en la intención de alistarse como soldado a una de las columnas españolas que marchaban a Santo Domingo, con el propósito de pasarse a los insurrectos de aquel país.

¹ Domenech, Francisco: *Tres vidas y una época. Ediciones de la Revista Indica*, Habana, 1940 pág. 85.

² Tejera, Diego V. *Memorias (actas que no interesa a nadie más que a mí)*. En «*Razón de Cuba*», Habana, 1940, pág. 109.

El hecho marca el inicio de una inquietud que se ha de mantener durante buen tiempo. El incidente, sin embargo, no pasa de ser una intención frustrada («locura de muchachos» diría luego el propio Tejera). En su biografía sobre Tejera, Francisco Domenech afirma que los propósitos de éste fueron descubiertos por los españoles al solicitar el alistamiento. Pero Tejera nos aporta un dato que desmiente la especulación, cuando señala, refiriéndose al oficial al que él y su amigo Francisco Palacios han solicitado el ingreso: «nos miró, se echó a reír y nos despidió, ofreciéndonos que aceptaría nuestra petición cuando nos salieran pelos en la cara».³

Tejera, que había nacido en 1848 —año significativo en el calendario europeo por las profundas convulsiones de matiz clasista— contaba por este tiempo dieciséis años. Es difícil presuponer en él una posición política elaborada, pero el espontáneo sentimiento anti-español, cebado por la burla del oficial, parecen haberle hecho emprender su primera acción anti-colonial: reproduce más de cien copias manuscritas de unos versos contra España, compuestos por él y Francisco Palacios y los introduce por debajo de las puertas. Luego, hay aún una nueva acción de venganza narrada por él: «Tomé... en el laboratorio del Instituto un frasco de ácido nítrico y lo rompí en la boca del cañón que los españoles regalaron a la ciudad».⁴

En 1865 va Tejera a Puerto Rico a encontrarse con su familia que re-

sidia allí. Un año después, viaja a Estados Unidos lugar al que, por no faltar incidente a su vida azarosa, llega después de 19 días de viaje en medio de una tempestad terrible. Unos meses en New York, y ya el 1º de Mayo de 1867, emprende viaje a Europa para ampliar conocimientos y sobre todo para vivir, ver, aprender, que son por entonces sus principales aspiraciones. Su objetivo inmediato es visitar una exposición en París. Pasa luego a Londres, Bélgica, y las riveras del Rhin, hasta que en septiembre va a Madrid, a participar en la revolución contra Isabel II. Frustrado el movimiento quedó Tejera en la capital española, sin recursos ni amigos. El mismo cuenta que: «Echado de la fonda en que vivía, me hallé casi desnudo y sin refugio. Vagué seis días por las calles de Madrid, en pleno diciembre, martirizado por el frío y el hambre. En esos seis días sólo comí tres o cuatro panes que pude comprar, vendiendo a un joyero de portal los botoncitos de oro de mi camisa por algunos centavos. De noche me iba a llorar sobre un banco de la plazuela que está detrás del Teatro Real, hasta que el sereno me arrojaba de allí.»⁵ Recogido por un librero español, éste lo cuida hasta que su familia le remite el dinero necesario. En febrero de 1868 regresa a Puerto Rico y se dedica a la agrimensura.

³ Tejera, ob. cit. pág. 109.

⁴ Tejera, ob. cit. pág. 110.

⁵ Tejera, ob. cit. págs. 111-112.

Así termina su primera epopeya europea. En realidad, podía haber permanecido en París para estudiar medicina. Era una aspiración latente en él y, según Domenech, hasta comenzó a hacerlo; lo arrastraba, sin embargo, su afán de ir a lo desconocido, a lo temerario. Si pocos meses en Europa lo llevan a los primeros intentos de la revolución en ciernes de España (1868), no va a ser Puerto Rico el sitio donde se dedique a comenzar una vida tranquila y apacible.

Esta aspiración de su familia estaba muy lejos de los planes y las intenciones de Tejera. En ese año, estalla en Puerto Rico el movimiento independentista dirigido por Betances, proclamando en el Grito de Lares, la aspiración de independencia. El está entre los insurrectos. Fracasado el intento, viaja con el mismo Betances a Venezuela y se instala en Caracas, donde al parecer, aislado de territorio sometido por España, se dedicará a una existencia cómoda para la cual no han de faltarle los recursos familiares.

Se recibe de Bachiller en Artes y estudia dos cursos de Medicina, pero la República reciente, como todas sus vecinas continentales, no está exenta de las luchas intestinas de reformas, caudillos, contrarreformas y pugnas de poder. Cuando en 1869 estalla la llamada revolución de Guzmán Blanco, Tejera toma partido y ya en marzo de 1870 recibe su bautismo de fuego en la batalla de Petares que su grupo pierde. En abril,

como riflero, resiste el sitio ^{estaba} cedido por Guzmán Blanco a Caracas. Sus compañeros más cercanos caen en el combate y aunque es de los que mantienen hasta el último momento la resistencia, es sometido y apresado después de ser herido. Logra más tarde la libertad —según su propio relato— por una coincidencia afortunada.

Toda esta actividad de Tejera no le impide, además, irse descubriendo como prosista y poeta. Parece haber trabajado incesantemente en todos los géneros literarios, y aunque no se dedican estas notas a un estudio en esa dirección (es válido remitirse a los de Max Henríquez Ureña, Enrique Gay-Calbó, Jesús Castellanos y otros); es bueno recordar que es de esta época de Caracas su poema famoso, «En la Hamaca», expresión total de lo que es su propia vida en contradicción con estos versos motivados por un episodio de amor. En ellos es capaz de decir, él, que en cuatro años ha participado en tres movimientos revolucionarios distintos y en latitudes tan distantes como España, Puerto Rico y Venezuela: «Gima el bosque, suene el río;/ ostente todas sus galas/ el Abril;/ colúmpieme en mi bohío, y arrebátame en sus alas/ sueños mil./ Y las mentiras del mundo/ jamás mi dulce reposo/ turbarán/ y en mi retiro profundo/ ¡seré siempre más dichoso/ que un sultán!» Ello, sumado al encabezamiento del poema con un párrafo de Fray Luis de León «¡Qué descansada vida/ la del que huye del mundanal ruido!»; indican, de una

pero la contradicción señalada, pero de otra, una posible añoranza de una vida apacible, quizás por la decepción que habrían de producirle sus azares constantes con resultados pocos felices.

De todas formas, es evidente que en el poema hay un estado de ánimo que corresponde a una actitud inmediata posterior de Tejera, cuando acepta, a sugerencia de su padre (que evidentemente trataba de alejarlo de la revolución de Cuba) viajar a Barcelona. En dos años allí, a pesar del contacto con la fuerte emigración cubana, se dedicará sobre todo a su labor intelectual (publica dos libros de *Poemas*, *Consonancias* y *La muerte de Plácido*, y estudia medicina y derecho) olvidando prácticamente sus anteriores actividades revolucionarias.

Parece haber encontrado en cierta medida su aspiración proclamada en «La Hamaca», mas sin embargo, cuando parece que se esfuma el aventurero, aparece en él el pensador social, alejado del problema cubano inmediato, que tan de cerca le había tocado unos años antes, pero preocupado por la solución de los grandes problemas de la humanidad.

En Barcelona (1872), con sus precoces 24 años expone sus: «Reflexiones leídas en una Sociedad sobre la tesis: Medios de destruir el antagonismo de las clases sociales.»

Es un atisbo de lo que será luego su «teoría» de reformas social. Corresponde al inicio de esa etapa en su vida que preside su afirmación: «Soy

socialista porque trabajo por el bien de un mayor número de hombres. ¿Cuándo se podrá trabajar por el bien de toda la humanidad a un tiempo?».⁶

La segunda búsqueda

Todo el tiempo que media entre estos dos años de Barcelona y la década del noventa, servirá a Tejera para sedimentar su idea de reformador en el plano teórico.

Es cierto que de Barcelona viaja a New York y le pide a Miguel Aldama ser enviado a Cuba, a la guerra; sin embargo, la negativa de éste, que según Domenech lo quiere utilizar en otras labores de propaganda, no es ripostada con la actitud del audaz Tejera de poco tiempo antes, que hubiera conseguido de una forma u otra su traslado a Cuba.

En esas actividades, lo sorprende la Paz del Zanjón con la que no está de acuerdo. Regresa a Cuba, no obstante, y colabora con algunas publicaciones importantes, continuando su incesante actividad de creación intelectual. En 1885 recibe la proposición de ir a dirigir una revista en Barcelona, acepta y embarca, pero su barco naufraga y es llevado a New York. En el tiempo que media, la empresa barcelonesa se ha informado mejor sobre las ideas separatistas de Tejera y le telegrafía prescindiendo de sus servicios.

Ahora lo encontramos en New York; es un Tejera distinto, estable y le-

⁶ Domenech, ob. cit. pág. 79.

jano de la inquietud constante de su primera juventud, pero además, con una posición más o menos sólida que le da su ganada autoridad intelectual. Se ha casado un tiempo antes en Cuba, y en New York nace su primer hijo. Al tanto siempre de los problemas de su país, mantiene estrecha relación con la emigración cubana y al parecer, intima con Martí que se encuentra también en New York por este tiempo. Francisco Domenech, relata una anécdota sobre esta amistad, que se refiere al bautizo del primer hijo de Tejera. Dice que, llevado a bautizar por ambos, «pasaron por una juguetería. Martí le dice a Dieguito bromeando:

—Te regalo ese caballo si le muerdes un dedo al cura...

Dieguito le mordió el dedo al cura y Martí le compró el caballo».⁷

A pesar de que puede haber algo de imaginación por parte del autor en la anécdota, es evidente una relación entre Martí y Tejera que habría de estar referida sobre todo a afinidades en literatura y en política.

En 1888, viaja Tejera a París con un cargo que le garantiza una posición consolidada, y muy pronto regresa a Cuba para inaugurar el Teatro Terry de Cienfuegos, en representación de la entidad para la que trabaja.

En 1891-92, publica la revista literaria *América en París*, de la que es primero jefe de redacción y luego director.

Nos encontramos pues, en todo el sentido de la palabra, ante un Tejera consolidado social e intelectualmente, pero en el que reverdece y reafirma los ideales de la juventud. La línea de su pensamiento «socialista», esbozado en 1872, viene ahora a desarrollarse, y su búsqueda social encuentra su exponente cuando en 1891 edita en París su trabajo sobre: *Un sistema social práctico, sus grandes líneas*.

En este pequeño ensayo, se puede ver toda la limitación y todo el alcance del pensamiento de Tejera. Editado en París, es conocido en Cuba cuando lo traduce e incluye en su libro Francisco Domenech, en consecuencia, no responde inicialmente a la corriente que ya en el incipiente movimiento obrero cubano se va esbozando representada sobre todo por Enrique Roig de San Martín.

Abstraído del problema nacional —y es aquí donde únicamente se podría encontrar coincidencia— se dedica Tejera a «redescubrir» una teoría «socialista», de «alcance universal», pero que para el tiempo y lugar donde se produce tiene ya mucho tiempo de atraso.

Aunque no se pueden negar a Tejera buenas intenciones, su nueva búsqueda de solución y participación en el problema social no es más fructífera que la de la etapa de su primera juventud.

Su trabajo es una mezcla enjundiosa de utopismo y buena voluntad, y si

⁷ Domenech, ob. cit. pág. 71.

bien se desprende del mismo un cierto conocimiento de las teorías económicas de Smith o Ricardo, sus soluciones, a mucho tiempo ya de la demostración de *El Capital* y de la labor de la Primera e incluso de la Segunda Internacional, que Tejera no desconocía por intimar incluso con uno de sus dirigentes, (M. Paul Louis) resultan desde luego ingenuas y anticuadas.

Pero aún hay más. En este tiempo está en París, y es el momento de su mayor fama, Pablo Lafargue. Según Domenech, Tejera podía no haber tenido relación con Lafargue, pero era imposible que lo ignorara. En este sentido, ¿puede justificar a Tejera un desconocimiento absoluto de las tesis marxistas, para la ausencia de rigor de su trabajo? Quizás. Pero de otra parte, ¿conoce Tejera estas tesis y no las toma por un desacuerdo con ellas? Esto podría ser posible, pero como quiera que no se refiere a ellas, es más factible pensar en un desconocimiento o en todo caso un rechazo a priori, como lo demuestra luego cuando protesta de la preponderancia del Estado en el socialismo europeo.

Ahora bien, ¿cuál es el contenido de los planteamientos de Tejera?

En primer lugar hace una división de cinco estados sociales: 1.- De la Miseria. 2.- De la pobreza. 3.- De la comodidad. 4.- De la riqueza. 5.- De la opulencia.

En el estado de la *Miseria*, estarán aquellos que carecen de lo necesario para la satisfacción de sus necesi-

dades naturales. Lo admite, dice, «porque siempre habrá seres que a causa de su pereza o de sus vicios se hallarán en ese estado, no pudiendo salir de él y mereciendo quedar en él».

En la *Pobreza* estarán los que sólo tienen lo estrictamente necesario para satisfacer las necesidades materiales de la vida, «aunque la satisfacción de estas necesidades no es toda la felicidad».

El *Acomodado* tiene dos veces más de lo necesario. El *rico* tres veces más y el *opulento* cuatro veces más. Según Tejera, estos estados serán la base, «para alcanzar la felicidad completa y gozar de los placeres superiores que reclama el espíritu... el hombre debe hallar un objetivo que le invite a trabajar. Y de esta manera, el arte y el confort, —estas flores de la civilización serán salvados».

Para lograr la nivelación de estas distintas capas sociales, Tejera propone en la LEY FUNDAMENTAL de su teoría que: «De la misma manera que la sociedad exige de cada uno de sus miembros el abandono de una parte de la libertad en provecho de la comunidad, no será permitido acumular más allá del estado de opulencia. Tan pronto se halla llegado a este estado, se cederá la industria a otros, se asociarán a ella colaboradores para que éstos puedan gozar a su vez del excedente o se revertirá este excedente al BIEN COMUN. Este BIEN COMUN, estará constituido con la masa de bienes ex-

cedentes que los ricos de hoy habrán de rendir al momento de establecerse en la sociedad nueva, para no rebasar jamás el estado de la opulencia y servirá; 1.- para asegurar el estado de pobreza a todos los inválidos del cuerpo social; 2.- para hacer pasar a los trabajadores del estado de miseria al estado de pobreza, ensanchando los medios de producción; 3.- desaparecido el estado de miseria, el B.C. hará pasar los pobres al estado de comodidad, también para ampliar los medios de producción; 4.- suprimido a su vez el estado de la pobreza, el B.C. será consagrado a las obras de utilidad común».

Establece además una escala de las necesidades naturales en las que determina: 1.- costo de la habitación higiénica y decente; 2.- costo del vestuario higiénico y decente; 3.- costo de la alimentación sana y suficiente; 4.- al total de estos tres elementos se agregará un tercio del mismo para enfermedad e imprevistos; 5.- el montante de las contribuciones debidas al Estado, en cada categoría. Luego establece que el individuo corresponderá la propiedad de los bienes que haya adquirido siempre que no sobrepasen el estado de la opulencia y propone una sanción: «Las ocultaciones de riqueza serán penadas con extremo rigor, como un crimen de lesa sociedad».

Pero más interesantes —simpáticas podría decirse— que estas primeras consideraciones, son sus recomendaciones y explicaciones del sistema:

91
a los pobres, los ricos y los franceses. A los pobres dirá, después de asegurar que las diferencias de clase en su sistema son pura cuestión de forma: «vosotros mismos podréis atravesar fácilmente todos los estados. Este sistema, en efecto, es concebido sobre todo en favor del trabajador. ¿Quién no ve que limitando la fortuna del patrón, el excedente de los provechos enriquecerá sucesivamente a los colaboradores? Los proletarios tendrán además la inmensa ventaja de ser los primeros, después de los inválidos, en gozar de los efectos de la circulación del Bien común».

A los ricos: «Este sistema no es concebido enteramente contra vosotros; se os permite ser ricos, pero ricos con moderación. Y en fin de cuenta, ¿qué es lo que vosotros perdéis? Los verdaderos placeres de la vida, estos que se dan a sí mismos porque se les ama por ellos mismos (bella habitación, hermosos muebles, objetos de arte, mesa delicada, coche, teatros, etc.) vosotros podéis tenerlos, poseyendo cuatro veces más de lo que hace falta para las necesidades estrictamente naturales. No se os veda más que los otros placeres, los del lujo insensato y la ostentación, que son una falta de gusto con frecuencia y son siempre una provocación. Las locuras de la vanidad: he ahí lo que se os debe prohibir. ¡Oh la vanidad, la inhumana vanidad! Vosotros habéis pecado por ella: sufrid que se os pene por ella. Más son de respetar los placeres legítimos que no son

prohibidos: solamente vosotros los compartiréis con una porción cada vez más grande de la humanidad».

Y por último a los franceses: «Pensad en la Francia, lo que ella es, lo que ella tiene, lo que ella arriesga en este socialismo. Yo trato de construir, *con ideas que no son nuevas*, un sistema que me parece un poco nuevo. Este sistema es muy simple, práctico y por tanto eficaz; respeta las conquistas de la revolución y, al mismo tiempo, las completa fuertemente en el ideal de la igualdad; se acomoda a toda forma de gobierno y maravillosamente al gobierno republicano y posee, en fin, tal elasticidad que todos los países, ricos y pobres, pueden adoptarlos con iguales ventajas».⁸

Hasta aquí los razonamientos principales de Tejera. Es evidente que si en algo se pudiera coincidir plenamente con él, sería en la idea de que el proyecto es simple. Proponer un sistema semejante, en ese momento, con los avances logrados ya en los estudios sociales y las luchas políticas resultaba, más que ingenuo, absurdo. Pero proponerlo además en el París de la revolución de 1848 y de la Comuna de 1871 —acontecimientos que Tejera no ignoraba seguramente— resultaba ilógico. Domenech compara las tesis de Tejera con las de Blanqui, pero hay que hacer notar que aún con sus limitaciones, éstas son superadas ampliamente por la ingenuidad de las de Tejera.

Desde el punto de vista actual, rebatir aspecto por aspecto sus planteamientos, resultaría realmente ocioso. Baste exponerlas en lo general, sin olvidar, que aunque puede subsistir un cierto interés de aumentar la estatura de un precursor del pensamiento social, por una razón de conciudadanía, lo más justo resulta —sin obviar que aún en ellas late el Tejera reformador social y que en ello radica su virtud principal— ubicarlas en tiempo con sus aciertos e insuficiencias.

La teoría del socialismo tropical

La década del noventa y la posibilidad de una nueva contienda independentista en Cuba, a la que Tejera estará también vinculado, representan quizás la época más original en la exposición de sus ideas de reforma y análisis social.

En el año noventicuatro ha regresado a Puerto Rico y luego ha venido a La Habana y constatado lo inminente de una nueva guerra. Más tarde se establece en los Estados Unidos. Por entonces, la edad avanzada y una dolencia que lo imposibilita, no lo harán estar en condición de revivir sus pasadas dotes de combatiente.

Ahora, el pensador que se ha encontrado en *Un Sistema Social Práctico*, se ha de ocupar de acercar sus conclusiones a la realidad cubana. Su

⁸ Tejera, D. V. *Un sistema social práctico*. En «Razón de Cuba», Habana, 1940, pág. 30-32.

virtud Primera consiste en no perder de vista que hay una contradicción inicial que solventar entre metrópoli y colonia —y en esto supera evidentemente a la corriente anarquista que en Cuba ha dirigido un poco antes Roig de San Martín— pero comienza ya a señalar, que los problemas de la Cuba independiente, no se habrán de solventar con el sólo acto de la liberación de España.

Las diferencias sociales subsistirán, y la fuerza de los explotados se debe hacer sentir también en la república próxima.

Efectivamente, en sus conferencias de Key West (1897), Tejera se ha dedicado —algunas veces con visión profética y otras con simpleza notable— a crear una especie de «socialismo tropical», tan original como limitado, pero adaptado a muchas de las realidades cubanas. En este esfuerzo radica quizás su gran virtud y originalidad.

Tratar de pensar en un socialismo virado hacia las realidades y las necesidades de Cuba, hablar de él incluso a la emigración, antes de lograda la victoria de la Independencia, ha sido su aporte precursor. Sin embargo, no por ello deben obviarse las limitaciones inherentes a sus tesis. Los títulos de sus conferencias de Key West, explican por sí solos el alcance de los temas que allí expuso: *La capacidad cubana, La mujer cubana, El socialismo cubano, Autonomismo y Anexionismo, Charlatantismo y Fetichismo, Blancos y Negros, La sociedad cubana, Los futuros par-*

tidos políticos de la República, La Educación en las sociedades democráticas, y otros, en los que se ocupa de los aspectos principales de la sociedad cubana pre-republicana —mirando hacia el futuro inmediato— pero al mismo tiempo, adaptándolos a sus tesis de utopismo social.

En *El Socialismo cubano*, por ejemplo, dice Tejera: «A mi juicio debemos mostrarnos originales, creándose la doctrina que directa e inmediatamente responda a nuestras necesidades peculiares. Como cada pueblo tiene condiciones distintas de existencia, distintos son los problemas que se ofrecen a la acción del reformador». La tesis, que resulta por sí misma interesante, se derrumba cuando se dedica a la explicación de la consecución de su objetivo, «...me mortificaba, dice, ver en las escuelas socialistas europeas la preponderancia que se le da al Estado, y yo buscaba el modo de emancipar al obrero sin destruir al ciudadano... De ahí el sencillo sistema que presenté en Francia con el cual la sociedad puede, sin perder la fisonomía que la Revolución le dio, alcanzar la vida ideal de la justicia, por la simple limitación de la riqueza».

Donde más visión de futuro alcanza su planteamiento, es en su conferencia sobre *Los Futuros partidos políticos de la República Cubana*. Aquí aprovecha su gran experiencia de lo que han sido las relaciones políticas en las Repúblicas latinoamericanas y es capaz de predecir con respecto a Cuba.

A más de todo ello, propone o plantea dos problemas realmente originales y que, por sí mismos, representan una alternativa diferente con relación a las corrientes principales que en el incipiente movimiento obrero cubano se habían desarrollado, ya que pone de manifiesto su criterio, de que la contradicción inicial a resolver es la lucha contra España y, de otra parte, esboza la necesidad de un partido propio de la clase obrera, como vehículo para hacer sentir sus aspiraciones en la futura República.

Vale la pena extractar algunos párrafos de Tejera que son contundentes en estas dos direcciones: «Por justa y noble que sea la lucha que hemos de emprender mañana contra los explotadores del trabajo humano, —dice— hay para nosotros hoy, otra lucha más urgente, más vital, más santa si se quiere, y que exige la consagración absoluta de todas nuestras energías: ésa en que estamos empeñados para barrer de Cuba, con el dominio español, el régimen antiguo; ésa que ha de darnos una patria, es decir, el suelo en que fundar la realización de nuestras más bellas esperanzas. El obrero cubano, antes, mucho antes que su propia miserable condición como trabajador, ha sentido la miserable condición de Cuba como colonia, y sus primeras manifestaciones en la vida pública no han sido para reclamar derechos dentro de la misma sociedad cubana, sino para establecer su derecho primordial de figurar como hombre libre

a la faz de las naciones... *El obrero cubano fue el primero que acogió y alentó los planes libertadores de Martí; en él, como en base inquebrantable, se apoyó el fundador para la creación del famoso «partido revolucionario», que inició la guerra y la sostiene con fervor que no desmaya».*

Cuando se refiere a la necesidad de continuar en la República la obra de la independencia y expulsar con el coloniaje todas sus injusticias, esboza la estructura política del nuevo orden. «Es muy probable, dice, porque es lógico y porque la historia de los pueblos nuevos así lo hace esperar, que al principio no se formen sino dos grandes agrupaciones que aspiren a encarnar las dos opuestas tendencias: conservadora y liberal». Según él, los obreros, de inicio, formarán filas en los partidos que engloben estas tendencias, pero advierte: «...tenga entendido el obrero cubano que ni liberales ni conservadores resolverán su problema capital, que ni siquiera intentarán resolverlo, y que atentos solamente a la lucha más o menos elevada que entablarán en disputa del poder, no se acordarán del oscuro proletario sino para tomarlo de escabel, en cambio de promesas cuanto más halagadoras más falaces».

La visión profética de estas afirmaciones, que datan de 1897, se amplían cuando Tejera augura el grito de guerra que tendrá que esgrimir la clase obrera a semejanza de la experiencia europea.

Entonces, el reformador social parece confundirse con el agudo defensor clasista, con el revolucionario a ultranza, cuando afirma que: «El obrero ha de pelear por sí mismo su batalla, abiertamente en pleno día, donde quiera y en cualesquiera condiciones que se encuentre; así lo comprueba el somero conocimiento de la historia de las agitaciones en Europa. Al promediar el presente siglo, cuando entraba en el período agudo el viejo conflicto entre el Capital y el Trabajo, las clases proletarias, inexpertas, empezaron a confiar sus reivindicaciones a los más avanzados de los partidos políticos existentes, y aún llegaron a soñar que al simple advenimiento de la república en aquellos feudos de vetustas monarquías, la redención del obrero quedaría consumada y volvería a brillar sobre la Tierra el sol del Paraíso. Pero la república surgió y volvió a surgir en Francia, apareció en España la república, subieron al poder en otros países los partidos radicales... y el obrero continuó bajo el dominio del capitalista, tan vejado y explotado como antes, y más triste, más colérico por la nueva decepción».

Y lo que parece realmente contradictorio es que el exponente de estos criterios, el conocedor a fondo de esta historia del movimiento obrero, considerara al mismo tiempo que el problema podría resolverse con una simple limitación de riquezas. Desde luego que Tejera utilizó la terminología de la lucha de clases, pero no

llegó a comprenderla en su esencia nunca.

En su aspiración de reforma social, no logró ir más allá que un reformista (sin olvidar las limitantes de su contexto histórico). Sí, vio más allá que los anarquistas en lo que se refiere a la contradicción inicial más importante que tenía ante sí la clase obrera cubana a fines de siglo, y en lo referente a sus necesidades organizativas.

Se quedó muy corto, sin embargo, en cuanto al verdadero alcance de la lucha que los explotados cubanos debían emprender una vez lograda la independencia e instaurada una República con las características que él mismo preveía para ella.

Esto lo demuestra claramente cuando afirma: «Sería pues, hacedero y altamente provechoso que entre los futuros partidos que aspiraran a dirigir y a modelar según sus planes la república cubana, figurase la clase obrera como partido independiente, con un programa limpiamente definido, con procedimientos ya estudiados, con aspiraciones que no tendiesen más que a la realización de la justicia, con un criterio amplio y generoso que supiese acoger con afabilidad las exigencias del derecho ajeno; *partido que se empeñase en contribuir con los demás al engrandecimiento de la patria; partido de gobierno, en fin, cuya subida al poder no pudiese ser mirada sino como cosa plausible y natural*». Y enseñada se ocupa de agregar: «...puedo aseguraros, por lo mucho que he

visto, por lo mucho que he meditado en mi azarosa vida, que el odio es absolutamente estéril; que nada, en cambio es más fecundo que el amor...

Yo temblaría desde ahora y querría borrar de vuestra memoria todo lo que he dicho, si previera que la formación, que aconsejo, del partido socialista hubiese de ser una desgracia para Cuba, para esa pobre Cuba por cuya redención estamos sacrificándolo todo... Pero no; yo miro en mi pueblo un fondo de bondad que es realmente grande...»

Esto, desde luego, tiene su explicación en dos hechos principales: Tejera, como reformador social, como revolucionario, es en primer lugar un gran iluso, confía demasiado, incluso en los que son fuente de las injusticias que denuncia; se cree capaz de hacer conciencia en ellos para que se encarguen de repartir migajas y resolver la desigualdad existente. Esta es la base de su tesis sobre la limitación de las riquezas; por eso aboga entre los obreros por una participación política que les dé personalidad, pero al mismo tiempo, teme a la revolución de los obreros, desconfía en última instancia de ellos y, basándose en eso afirma: «¿Quién ha de ver en nosotros al hoscó demagogo de las decrepitas sociedades europeas, producto de miserias seculares, repleto de odio de veinte generaciones de oprimidos, pronto a lanzar su mortífera bomba en el primer cartón de semejantes que encuentre al paso? No; el socialista cubano no espantará, no deberá espantar a nadie;

el burgués se sentirá dispuesto a tratarlo cordial y cortésmente y acaso, acaso el trato mutuo facilite la victoria final de la justicia».

Es evidente que se cree obligado a escoger entre la práctica anarquista y la conciliación de clases, y escoge por la segunda, no ve más allá y en eso radica su limitación.

Ahora bien, no se puede perder de vista que Tejera está imbuído por el pensamiento martiano, confía en las fuerzas puras que hacen la guerra y aunque primero atisba los posibles males —las diferencias que no se extinguirán con la república— aspira sinceramente a que ésta sea en realidad «*Con todos y para el bien de todos*» como proclamara Martí (Esta consigna presidirá luego su llamamiento a la constitución del Partido Socialista Cubano). En esa proyección, no pierde la esperanza de que con la Independencia venga la justicia y, en ese momento, resulta nuevamente ingenuo. Partiendo de este criterio es que dice a los obreros: «El momento es oportuno para que preparéis la presentación de vuestras grandes reclamaciones. El pueblo cubano está levantado en masa contra una tiranía que con razón juzga extranjera, y la tiene ya vencida, aunque a costa de sacrificios que parecerán inauditos a la posteridad. Pero no se concibe que tales sacrificios se hagan por librar a Cuba de la injusticia española, si ha de seguir imperando en ella injusticia cubana; si una parte del pueblo —la más considerable— ha de continuar allí en

un estado de inferioridad social, equivalente a la antigua servidumbre.

¡No! Si el amor a la libertad ha unido a los cubanos de todas las clases y ha impelido a derramar juntos su sangre en los calabozos y en el destierro, es preciso intentar que el amor a la justicia también los una para derribar de buen grado las barreras sociales que el espíritu explotador alzó entre ellos...»⁹

Estos dos aspectos representan un buen punto de partida para analizar la posición de Tejera, sin dejar de tener en cuenta que en la disyuntiva de su contexto social, aún descontadas sus limitaciones, representa un índice de avanzada.

Resultaría muy interesante revisar sus tesis de otros trabajos de esta época (*Blancos y Negros, La mujer cubana*, etc.) que aportan datos de mucha originalidad y que dan la idea de como el pensamiento de Tejera recorre los distintos aspectos que conforman la sociedad cubana; por eso realmente daría motivo de otros trabajos particulares.

La realidad y actividad del iluso

He apuntado algunos índices de la ingenuidad de Tejera y de como ella influye en los aspectos principales de sus ideas políticas. Ahora bien, si se quiere encontrar el alcance máximo de esta ingenuidad suya, habrá que remitirse forzosamente a su actitud ante el desenlace de la guerra cubana y la intervención norteamericana.

Desafortunadamente, a pesar de que condenó el anexionismo como corriente política disolvente, Tejera no vio en toda su magnitud el peligro de la dominación norteamericana y las aspiraciones de los Estados Unidos para con Cuba. Admiraba hasta cierto punto la organización social norteamericana y confiaba en su política. Todo ello, sumado a la ingenuidad y buena fe que lo ha caracterizado siempre, lo hace creer que la intervención resultaba colmada de buenas intenciones, estando totalmente ausente de que la esencia de los males que él había previsto para la República entraban precisamente con ella.

Con esa confianza, quizás en su credulidad del primer párrafo de la Resolución Conjunta, regresa a Cuba en 1898.

Ya en el año siguiente, comenzado el proceso de la efervescencia política y listos los interesados, tal como él lo había previsto dos años atrás, a competir por el poder creando partidos políticos que los acercarán al mismo; comienzan también las gestiones para crear el partido obrero que cristalizará la aspiración que formulara en aquel entonces.

Estuvo Tejera vinculado a esas gestiones de creación —de más está decir que boicoteadas por los anarquistas— y cuando en febrero se celebra en el Teatro Martí un mitin obrero para abogar por la creación

⁹ Las citas anteriores corresponden a diferentes conferencias pronunciadas por Tejera y reproducidas por Domenech en su libro citado, págs. 123-134.

del Partido, está presente y, a solicitud de los reunidos —que más tarde lo eligirán para la comisión organizadora— usa de la palabra confirmando su tesis de que es el momento para la creación del Partido obrero.¹⁰

Es la realización de su gran sueño, ya habría posibilidad de ver en la práctica la quimera que representaba su ilusión de mucho tiempo.

Encargado de redactar el manifiesto inicial del Partido Socialista, se ocupa de revitalizar sus opiniones sostenidas desde antaño y expone los males que ya se van avizorando para la República: «...Indicios de tamaña desventura nos da, por cierto, lo que estamos viendo; la manera hipócrita como la hez de los regímenes anteriores se ha colado con sus irritados apetitos dentro de la Cuba Revolucionaria y, como si nada de trascendencia hubiera acontecido, de prolongar, bajo los pliegues de la bandera interventora, aquel estado de cosas bochornosas que la bandera española cobijaba. Organismos entecos, que no han arrancado del sufragio popular, se han elegido en directores de la cosa pública, repartiendo castigos y mercedes, y quiera nuestro buen destino que esa genticilla «culto» no de al traste con nuestro derecho a la independencia, ya constatado por algunos. Hora es pues, ya, de que el sano pueblo se prepare a intervenir y a poner término a esa merienda de vividores que nos deshonra y perjudica, aportando a lo que ha de ejecutarse el espíritu democrático, liberal y justiciero, el puro amor al

bien de Cuba en cuyo nombre se hizo la revolución». No ve sin embargo, la actividad del Partido más allá del rejuego de una política que nace viciada, no como ingenuamente sugiere porque algunos se cobijan bajo la bandera interventora, sino porque a la nación interventora conviene que la República cargue esos lastres que asegurarán su dominio sobre ella.

Es por ello que aunque hace constar algunas reivindicaciones de base que eleva el Partido como estandartes; insiste en que, armado de ese programa vastísimo de reivindicaciones; «...concurrirá a la lucha legal de los partidos y arrancando del sufragio universal, aspirará a subir hasta el gobierno. Y será —debemos repetirlo— un partido de paz, de evolución. Seguro de la bondad de su causa y confiado en la honradez de principios en que viviremos no empleará más medios que la propaganda, la discusión y la fuerza moral de las inmensas masas que moverá y dirigirá, esto es, la palabra libre, la pluma libre y el voto en el parlamento. No queremos, no iniciaremos la guerra de clases, convencidos de que la violencia no da triunfos tan completos y duraderos como los de la razón y el amor».¹¹

Con semejante programa, es normal que el Primer Partido Socialista Cu-

¹⁰ Rivero Muñiz, José: *El Primer Partido Socialista Cubano*. Universidad Central de Las Villas, 1962, págs. 47-48.

¹¹ Rivero Muñiz, José: ob. cit. págs. 102-103.

bano naciera, de hecho; tarado. A más de la situación adversa, si se parte del hecho del poco desarrollo de la clase obrera cubana y mucho más de la casi ausencia de formación política en la misma, se comprenderá que la esfera de acción del Partido era sumamente limitada.

La composición de la dirección principal del Partido, formada por Tejera, cuya honestidad estaba al mismo nivel de su ingenuidad política, y por Felipe González Sarrain y Ambrosio Borges, evidentemente con mucha más «maldad» política que Tejera, pero coincidentes en este caso con una deshonestidad absoluta en los principios, contribuiría, en gran medida, a mantener la desvinculación casi absoluta del Partido con esa incipiente clase obrera.

Es normal que el Partido creara preocupación en los sectores reaccionarios (Rivero Muñiz se ocupa de recopilar los comentarios sobre la formación del Partido en los diversos sectores políticos del país); pero es que a más de ello, ciertos sectores progresivos de la intelectualidad, lo vieron también con ojeriza.

Enrique José Varona, por ejemplo, lo impugnaba por el hecho de que venía a dividir en un momento en que se precisaba la unidad para no ser absorbidos por el peligro norteamericano y así lo hacía constar en «Patria», partiendo, desde luego, de una incompreensión absoluta de la verdadera finalidad y objetivos de la organización obrera y con un concepto propio de la unidad que se

precisaba en ese momento, que partía de su interés de sanear desde dentro de la vida política del país que nacía tarada.¹²

De otra parte, hay que tener en cuenta que la propia política proclamada por el Partido tendía a aislarlo, en caso de lograr algún arraigo, de la masa obrera. Con razón expone Rivero Muñiz, como uno de los motivos de la falta de apoyo que encontrara el Partido, su desconocimiento de los movimientos de huelga y reivindicación obrera que a la sazón se desarrollaban y que representaban el verdadero exponente del lugar de avanzada de las aspiraciones obreras. Otras figuras prestigiosas del movimiento obrero contemporáneo al Partido Socialista: Ramón Rivero y Carlos Baliño, no se sumaron al mismo. Hay que tener en cuenta que el primero estaba ligado por afinidad a muchos de los dirigentes anarquistas y el segundo, según Rivero Muñiz, parece haberse dado cuenta de lo limitado de los alcances y objetivos del Partido, teniendo en cuenta incluso las motivaciones de los principales colaboradores de Tejera.

Se pudiera resumir el contenido del Partido Socialista, partiendo del criterio de que, respondiendo como respondía a la ilusión de Tejera, era normal que se esfumara en el maremagnum de esta política inicial fraudulenta y, con menos de seis

¹² Unos años más tarde como es sabido, Enrique José Varona renuncia decepcionado a la política, para convertirse en inspirador de la primera generación revolucionaria de la época republicana.

100 meses de vida se disolviera para integrarse al Partido Nacional (inspirado y dirigido por Alfredo Zayas) entidad más que representativa de lo que luego sería la «política» republicana, haciendo pasar a mejor vida la ilusión de Tejera.

Sus cercanos colaboradores encontrarían un buen cause en la fusión, él, al invocar a la membresía del Partido la disolución, en una carta memorable que quizás podría denominarse en algo así como un testamento político, insiste en su idea y sus principios y quizás por primera vez ve con entera claridad el futuro de la revolución frustrada. Extracto unos párrafos de la carta de fusión en que recomienda la integración al Partido Nacional:

«Este mi consejo debe ir acompañado de la declaración siguiente: Soy socialista de principios y de sentimiento, y lejos de renunciar a la persecución de mi ideal, me propongo perseguirlo con todas mis energías, para mañana, cuando la patria independiente abra a sus hijos el campo de la lucha de los ideales generosos».

«¿Quién sabe? Acaso el Partido Socialista surja mañana con justísima razón y con vigor extraordinario. Cuba, según indicios harto elocuentes por desgracia, va a ser sometida a una explotación de distinto género, pero más dura para el cubano que la del pasado. El Capitalismo —y un capitalismo extranjero!— se organizará en esta rica y virgen tierra

de la manera más incontrastable y odiosa: la del TRUST. Entonces, cuando nuestros ferrocarriles, nuestros ingenios, nuestras vegas, nuestras fábricas, todo haya pasado a manos de ese Capitalismo, tanto más exigente y soberbio cuanto se sentirá amparado en su explotación por poderosos gobiernos extranjeros. cuando los cubanos todos, proletarios y no proletarios, dependamos en absoluto de esos que todo lo tendrán y no seamos sino directa o indirectamente sus asalariados...

¡Quién sabe! acaso el Partido Socialista aparezca como la fuerza salvadora, como el solo elemento cubano capaz de medirse con el monstruo y traerlo a capitulación. Eso será mañana... Hoy lo que importa, lo indispensable es asegurar la independencia. DIEGO VICENTE TEJERA. Desde luego, que aquí vuelve a evidenciarse el previsor. Más tarde insistirá en su labor de política pura, viajará por última vez a Europa y Estados Unidos y regresará, para fundar el Partido Popular que con la misma base del socialista fracasará en las elecciones. El fracaso marcará el retiro definitivo de Tejera que morirá poco tiempo después. Lo importante, lo trascendente, lo ha dicho ya en este documento que un tanto arbitrariamente ubico como su testamento político. Ha visto claro el futuro, lo ha previsto, pero el reformismo por él propugnado, basado en los vaivenes de una política inestable, no será nunca lo que dará al traste con esos males previstos.